





SIEMPRE FUERON TUS OJOS



Eduardo Schamis

SIEMPRE FUERON TUS OJOS



Primera edición: julio 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Eduardo Schamis

ISBN: 978-84-17961-38-1

ISBN digital: 978-84-17961-39-8

Depósito legal: M-24337-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Camila y Bautista



Prólogo

Ciudad de Buenos Aires, 25 de febrero de 1912

El joven profesor caminaba con paso ligero bajo la persistente lluvia, atravesando la avenida Huergo y siguiendo las vías del tranvía mientras esquivaba los charcos.

Llevaba las manos sobre las solapas levantadas del sobretodo negro, y mientras caminaba por las calles sentía que lo observaban con recelo, pero la verdad era que no había nadie.

Estaba empezando a sentirse paranoico, seguramente a consecuencia del cansancio y de las extrañas formas que proyectaban las luces de las farolas sobre el empedrado mojado. En realidad, nadie le prestaba atención, no a esa hora de la madrugada y con ese mal tiempo.

Nadie excepto la policía, y más concretamente el inspector González, que lo perseguía desde el mediodía.

Giró la cabeza a ambos lados y reconoció que estaba en la zona del puerto, puesto que podía ver los muelles de ladrillo rojizo, de entre tres y cuatro pisos, utilizados para acopiar todo tipo de mercaderías.

A la derecha, mientras seguía caminando, vislumbró lo que seguramente eran las recientes obras de relleno de los terrenos adyacentes al Río de la Plata, para la construcción del nuevo puerto.

El actual se estaba quedando obsoleto debido al aumento del caudal de importaciones y exportaciones, y en especial por la llega-

da de numerosos pasajeros, en general inmigrantes de todas partes del mundo, pero principalmente de países de Europa como España e Italia.

Europa se había convertido en un lugar del que emigraba la población, debido al crecimiento demográfico y a la crisis agrícola, que generaban desocupación y hambre, y también a causa de guerras y conflictos religiosos, mientras la Argentina aparecía como un destino favorable para que una gran masa de europeos, mayoritariamente agricultores pobres, realizaran sus deseos de mejorar sus condiciones de vida.

En los últimos años habían llegado millones de inmigrantes de todas partes de Europa, con la ilusión y la esperanza de convertirse en propietarios de una parcela de tierra de cultivo o, al menos, de hallar un empleo bien remunerado en las faenas rurales.

Sintiendo el calor y la humedad de una madrugada lluviosa y oscura, el profesor había estado caminando sin rumbo desde que escapó, consciente de que tenía que alejarse todo lo posible.

Se adentró en una zona de las dársenas del puerto poco iluminada, sintiendo el fuerte olor a cuero y yute, productos que la Argentina exportaba a Europa y a América.

A su vez, el país importaba todo tipo de artículos manufacturados, como vestidos de algodón, productos de ferretería y materiales de ferrocarril de Gran Bretaña, vino de Francia, sal de España, cristalería y porcelana de Alemania, así como cerveza, ginebra, tabaco, etc.

A lo lejos se podía ver el esqueleto del puente transbordador, en plena construcción sobre el riachuelo, que uniría las ciudades de Avellaneda y Dock Sud.

Se tropezó con las vías del tren, enclavadas entre el desembarcadero y los depósitos, y maldijo para sus adentros.

A lo lejos, al final del muelle, divisó a un grupo de marineros de la Prefectura Naval haciendo su ronda nocturna, con sus uniformes blancos que resaltaban sobre la oscuridad, y a lo largo de la calle Pedro de Mendoza, una larga hilera de máquinas trilladoras

que se encontraban encajonadas como resultado de la última huelga de estibadores, que pedían por mejores condiciones laborales, desde hacía ya unos meses.

El largo muelle se internaba quinientos metros en el río, y una línea ferroviaria circulaba a lo largo para cargar y descargar directamente la mercadería desde y hacia los barcos.

Intentando no proyectar su sombra bajo la luz de las farolas llegó a un gran edificio, que supuso era el Mercado Central de Frutos, donde vio a dos hombres recostados sobre uno de las columnas fumando; y, escabulléndose por detrás de ellos procurando no ser visto, esquivó un carro que transportaba carbón, entró por una puerta semiabierta y dejó que lo envolviera la oscuridad y el olor a humedad del enorme depósito.

Apoyándose entre bolsas y cajas, y después de un buen rato de deambular sin parar, se quedó de pie, quieto y en silencio, recuperando el aliento y agudizando el oído.

Estaba totalmente convencido que lo estaban persiguiendo, y casi lo habían atrapado en la avenida Santa Fe, pero la lluvia y la suerte habían hecho que pudiera escapar.

Pero también había descubierto que el Inspector González no se daría por vencido.

Lo vio en su mirada y sabía que no descansaría hasta atraparlo.

Necesitaba buscar ayuda para poder demostrar su inocencia: él no había tenido nada que ver con aquello de lo que lo acusaban.

Pero la verdad era que los hechos lo incriminaban, solo por estar en el momento justo en el lugar equivocado.

Así que todo lo que podía hacer por ahora era esperar. Necesitaba tiempo.



1

El inspector González, a sus cincuenta y tantos años, era de lejos el policía con más experiencia en la ciudad de Buenos Aires, acostumbrado a lidiar con todo tipo de delincuentes.

La llegada de millones de inmigrantes había elevado el número de casos de delincuencia en la ciudad, que había aumentado un cuarenta por ciento en menos de diez años.

El inspector tenía que tratar con todos los delincuentes, desde rateros, ladrones o defraudadores, hasta violadores y asesinos.

Recientemente se habían cometido varios asesinatos de niños, todos con el mismo *modus operandi* y la policía buscaba incansablemente al culpable, que, según los testimonios de varios testigos, era de estatura baja y con grandes orejas, parecido a un duende.

González era un tipo rudo, no muy alto pero ancho de espaldas, con un gran bigote y pelo negro. Era un hombre de pocas palabras, y trataba a sus subordinados con demasiado rigor.

Resultaba, según sus conocidos, muy intimidante, al punto que lo habían apodado «el Bulldog», en parte porque su rostro se parecía al de aquel perro, con sus grandes cachetes, y en parte por su fiereza; y eso, sin dudas, era lo que más había atemorizado al profesor.

Se detuvo frente al desembarcadero, que era la primera puerta de entrada al país para quienes llegaban de ultramar.

Justo enfrente se encontraba el hotel de los inmigrantes, una mole de hormigón gris, recientemente terminada, preparada para alojar a cientos de huéspedes en su interior.

El inspector recordó que, unos meses atrás, el mismísimo presidente Roque Sáenz Peña había presidido la gran ceremonia de inauguración. Los grandes jardines y galerías habían sido profusamente adornados e iluminados.

Sobre las cornisas de los edificios se habían colocado macetas con arreglos florales, las bandas de policía y municipal ejecutaron la *Marcha de Ituzaingó*, una tradicional pieza musical, y a continuación el arzobispo de Buenos Aires les dio la bendición a los edificios.

En el mismo complejo compartían espacio las dependencias de una empresa exportadora, un hospital, y la oficina de correos y telégrafos.

—¡Busquen por la zona de los depósitos, no debe de estar muy lejos! —gritó a voz de cuello a los tres oficiales que lo acompañaban.

Casi lo habían atrapado unas horas atrás, cuando la lluvia se había hecho más intensa, pero con la poca visibilidad se les había vuelto a perder de vista, aunque todo indicaba que se dirigía hacia la zona sur.

—Deberíamos esperar a que amanezca, así podremos ver mejor, no falta mucho —dijo en voz baja uno de los oficiales, cansado y con ganas de volver al resguardo de la comisaría.

—¡Hagan lo que les ordeno! ¡Ahora! Y no dejen un solo lugar sin revisar —bramó el inspector, consciente de que cuanto más tiempo esperaran menores serían las posibilidades de encontrar al fugitivo.

Los tres policías se dividieron y comenzaron a buscar entre las mercancías apiñadas en las calles y dentro de los edificios, alumbrando con sus linternas, mientras el inspector caminaba con paso firme y seguro hacia el enorme depósito que se encontraba a su derecha.

Bajo el cartel del Mercado Central de Frutos encontró a dos estibadores fumando, apenas iluminados por una farola, recostados contra una de las columnas de la galería para guarecerse de la inclemencia del tiempo.

—Buenas noches —gruñó el inspector.

Los dos hombres se sobresaltaron y se enderezaron rápidamente, visiblemente nerviosos.

—Tranquilos, solo quiero hacerles unas preguntas —les dijo, consciente de sobra que su mirada y su uniforme bastaban para intimidarlos—. ¿Hace cuánto que están acá?

—Una media hora, más o menos —respondió con timidez el más bajito de los dos, con los ojos bien abiertos.

—¿Y no han visto pasar a un sujeto alto, con el pelo castaño y bien vestido? —preguntó el policía mirando alrededor.

—No señor, por acá no ha pasado nadie, a esta hora no hay mucha gente dando vueltas —respondió ahora el otro sujeto con desdén y el cigarrillo colgando de la comisura de los labios.

El inspector le dedicó una dura mirada y dando un paso hacia la puerta entreabierta, asomó la cabeza y entrecerró los ojos para acostumbrar la vista y ver mejor en la penumbra del depósito.

«No logro ver nada extraño, y de cualquier manera esos hombres habrían visto a alguien si hubiera entrado», pensó.

Decidió seguir buscando a lo largo del muelle, y ya se dirigía al hotel de los inmigrantes cuando de repente se detuvo y mirando a los dos hombres con recelo preguntó:

—¿Qué hacen a esta hora de la madrugada por aquí?

—En un par de horas tenemos que cargar mercadería en aquel barco —masculló el bajito señalando el enorme buque que estaba amarrado en el muelle justo frente a ellos.

El inspector González miró en la dirección que señalaba el estibador y vio un enorme barco, en el cual no se había fijado antes, y en cuya proa se leía el nombre *Chyde*.

—Zarpa mañana a primera hora, rumbo a Europa —informó el otro tirando el cigarrillo y aplastándolo con el pie.

El inspector se tocó el sombrero a modo de saludo y siguió su búsqueda, mientras la lluvia cesaba y daba paso a una espesa bruma que se cernía ya sobre el puerto.

Se quedó observando por un rato aquel barco, pensando que tal vez el fugitivo podría haberse escondido a bordo, pero vio que

las puertas estaban cerradas y las pasarelas no estaban colocadas, así que descartó la idea.

El profesor escuchó las voces de los tres hombres y se hizo más pequeño aún entre las cajas del depósito.

Sin hacer ruido se agachó y se recostó en lo que parecían ser unas bolsas de lana, y esperó. Tenía la sensación de que no podía seguir así mucho tiempo más, sus nervios lo estaban torturando. Tardó un largo rato en calmarse, y cuando lo hizo, cansado y abatido, se quedó dormido.

2

Todo comenzó una tarde de diciembre de 1911

El profesor Tomás Villalba, un joven de treinta años, alto, con pelo castaño claro prolijamente engominado, y de cautivantes ojos color azul, se dirigía a la Universidad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde impartía su cátedra de historia.

Un desconocido lo abordó en la calle.

Era un hombre canoso, elegante y distinguido, de unos 70 años de edad aproximadamente. Iba vestido de etiqueta; llevaba sombrero de copa y un delicado bastón labrado y con una empuñadura dorada con forma de diamante en su mano derecha.

—¿El profesor Villalba?

—El mismo —respondió Tomás.

—Mi nombre es Valentín Lazarte —dijo con un tono de voz profundo, cambiando el bastón de mano y extendiéndosela con cortesía.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Lazarte? —preguntó mirando su reloj de bolsillo, pues ya iba retrasado.

—Verá usted, señor Villalba, me gustaría conocer su opinión sobre unos manuscritos antiguos que llegaron a mi poder la semana pasada.

Tomás se sorprendió ante esta propuesta tan extraña.

Él era solo un profesor de historia. Y, si bien era cierto que había leído y estudiado algunos textos del siglo xv en adelante, eso no lo convertía en un especialista en el tema.

—¿Y por qué cree usted que mi opinión puede ser de importancia, señor Lazarte?

—Vamos, señor Villalba, no sea modesto, es conocida por todos su pasión por la historia y su innegable conocimiento de la misma.

«Era cierto», pensó Tomás.

Desde chico le había apasionado la historia.

Se pasaba horas en la gran biblioteca de su padre, leyendo y posteriormente estudiando y analizando libros de lo más diversos.

Sus padres le habían estimulado para que estudiase y siguiera su vocación. Mientras se formaba en la universidad, logró generar un vínculo de amistad con el profesor de la cátedra, Horacio Pierini, y este, al jubilarse, postuló a su antiguo alumno para hacerse cargo de la misma.

—Disculpeme, pero no estoy interesado.

—Le pagaré muy bien por su trabajo —insistió—. Le pido por favor que lo piense. Le dejo mi tarjeta por si cambia de opinión.

Tomás miró la tarjeta rápidamente, y después la guardó en el bolsillo de su chaqueta, despidiendo al señor Lazarte con un gesto de su sombrero.

Esa noche, cuando llegó a casa, su mujer, Victoria, lo esperaba con una deliciosa cena.

Victoria Felton tenía 28 años, era inglesa y había llegado a la Argentina siendo una adolescente acompañando a su tío, un próspero comerciante textil.

Sus padres se quedaron en Londres, donde eran propietarios de un conocido y aristocrático restaurante.

Ese año había muerto la reina Victoria, y tras la incertidumbre, la sucedió su hijo, Eduardo VII. Sus padres decidieron que sería mejor para ella acompañar a su tío a Buenos Aires, una ciudad pujante, donde podría labrarse un mejor futuro.

Era una mujer hermosa, rubia, de cabello ondulado, unos increíbles y expresivos ojos color almendra, y una sonrisa cautivante.

Tomás siempre había admirado de su esposa, que reía con facilidad y sabía escuchar mostrando un gran interés.

—Hola, mi amor —lo recibió Victoria con un beso. Se la veía radiante.

—¿Qué es lo que te pone tan contenta, Victoria? —preguntó Tomás con una sonrisa, sabiendo de antemano la respuesta.

—¡Esta semana llega mi madre! ¡Estoy tan ansiosa! —exclamó dando saltitos de alegría.

La madre de Victoria, Elizabeth, vivía en un pequeño apartamento en Twickenham, una hermosa ciudad a las afueras de Londres, lugar que escogió para mudarse luego de que su esposo falleciera de un ataque al corazón repentino, y solo le dejara deudas.

Le había escrito una carta anunciando su viaje a la Argentina, en principio porque había pasado mucho tiempo ya desde su última visita y acaso también porque se sentía muy sola y extrañaba mucho a su única hija.

Victoria y su madre mantenían una comunicación fluida por carta, pero extrañaban las largas charlas que mantenían delante de una taza de té, siguiendo esa antigua tradición inglesa.

Tomás y Victoria se habían conocido fortuitamente mientras estudiaban en la universidad. Un día, sus miradas se cruzaron en uno de los pasillos, y al mirarse a los ojos por primera vez supieron que vivirían juntos por el resto de sus vidas.

Ese día quedaron en el bar de la universidad, en una especie de limbo que sucede a los exámenes finales, antes de que se den a conocer los resultados.

Victoria era de estatura media, tenía el pelo recogido, y su piel pálida suavizaba una cara de rasgos afilados.

Era realmente preciosa, con la boca siempre a medio camino de una sonrisa, y esos enormes ojos color almendra chispeantes como una promesa.

Tomás nunca olvidaría el día que la conoció. Se la veía particularmente hermosa, con ese vestido azul, la bolsa de libros colgando de su hombro y ese aire entre intelectual y bohemio.

Con el tiempo, se había formado una especie de código entre ellos, con solo una mirada sabían todo el uno del otro, y sus ojos

dejaban ver al mundo el eterno amor que se profesaban. No existían secretos entre ellos.

Pero hay momentos en los que el destino se cruza en las vidas de las personas y pone en marcha una secuencia de acontecimientos cuyo resultado nunca habrían imaginado.

Pues bien, conocerse fue para ellos uno de esos instantes.

Empezaron a encontrarse al terminar las clases, para almorzar. Eran días en los que mantenían largas charlas, y se ayudaban mutuamente con los estudios.

Pronto se hicieron inseparables.

Cuando Tomás la invitó a cenar unos meses después ya se habían enamorado perdidamente, y se prometieron amor eterno.

Terminaron sus carreras universitarias: Tomás se convirtió en profesor en historia, y Victoria ya era licenciada en artes. Entonces cumplieron su promesa y se casaron.

—¡Qué alegría! Podrás pasar un buen rato con tu madre —comentó con entusiasmo mientras se sentaba a cenar.

Esa noche, mientras se encontraban tumbados uno al lado del otro en la cama, con sus labios a centímetros de distancia, mirándose fijamente a los ojos, Tomás comprendió que aquello era todo lo que había soñado.

Siempre le había atraído de su esposa sus enormes ojos color almendra, la suave curvatura de sus pupilas, los parpados finos como papel.

Después de que, a sus 22 años, y mientras estudiaba en su primer año en la universidad, un brote de fiebre amarilla matara a sus padres y quedara huérfano.

Soñaba con tener una familia, y ahora, por fin lo estaba logrando.

Todo era perfecto.

Tenía un trabajo apasionante, una esposa hermosa y buena compañera, y pronto tendrían hijos.

3

Esa noche, mientras cenaban, Tomás recordó la visita de aquel hombre y se lo comentó a Victoria.

—Se acercó en la mañana mientras me dirigía a la universidad y me pidió una opinión experta sobre unos manuscritos antiguos —dijo mostrándole la tarjeta a su mujer.

—¿Valentín Lazarte? —preguntó curiosa.

—Sí, ¿por qué? ¿Lo conoces?

—Es un hombre que goza de gran estima en el barrio —dijo Victoria, mientras se servía un poco más de vino en la copa.

—No lo había oído nombrar hasta ahora. ¿A qué se dedica? —pregunto con curiosidad.

—Es un anticuario, tiene una tienda muy peculiar a unas pocas calles, hacia el sur. Los cotilleos de las damas del barrio hablan de su excentricidad y, según dicen, además es millonario. —dijo Victoria.

—Claro —recordó Tomás—, conozco esa tienda, pero no había asociado al señor Lazarte con ella.

—Tal parece que su esposa murió hace algunos años, y el hombre quedó muy afectado, pero continúa aún con el negocio familiar —agregó—, o eso es lo que me ha contado mi tío.

—¿Dijo de qué trataban esos manuscritos? —preguntó Victoria, todavía dándole vueltas al asunto.

—No, pero dijo que pagaría bien por mis servicios.

—¿Y qué es lo que harás?

—Le respondí que no estaba interesado, no tengo la experien-

cia necesaria, y, además, me dio mala espina —respondió Tomás encogiéndose de hombros sutilmente.

—No creo que revisar unos manuscritos y dar una experta opinión pueda representar peligro alguno —observó Victoria, mientras retiraba los platos de la mesa y le hacía un gesto gracioso a su marido.

—Eso es cierto, pero es que tampoco soy un erudito en la materia, todo lo que sé lo he estudiado en teoría.

—Pues si eso no es suficiente tendrá que buscar a un especialista, eso sí encuentra uno —bromeó su esposa.

—Puede ser, lo pensaré mejor, la verdad es que el dinero nos vendría bien para terminar las reformas de la casa.

Estaban refaccionando la casona de los padres de Tomás, situada en Belgrano, un coqueto barrio de Buenos Aires en cuyo edificio de la municipalidad se había instalado el Gobierno Federal.

Era un barrio que se caracterizaba por la presencia de lujosas mansiones de estilo inglés y francés, y de grandes caserones rodeados de extensas y frondosas arboledas.

No hacía mucho que sus padres habían adquirido el caserón, de estilo colonial, con dos pisos y un bonito tejado tradicional. Tenía cuatro habitaciones, dos baños, grandes ventanales dobles con rejas, un patio interno con un pintoresco aljibe, y una enorme cocina.

Los principales cambios a realizar en la casona consistían en remodelar y agrandar las habitaciones, preparándolas para la familia numerosa que planeaban formar juntos; así como también agregar un estudio a un lado del patio, donde Victoria podría desarrollar su pasión por la pintura al óleo.

Habían postergado el sueño de ser padres hasta que terminaran sus estudios, y el momento de buscar un hijo había llegado.

Tomás seguiría dedicándose a enseñar historia, pero además ya había recibido una propuesta de un periódico para hacer periodismo de investigación, y otra del Gobierno para trabajar en la Secretaría de Educación.

Corría el mes de enero de 1912, y esa calurosa mañana Tomás se encontraba sentado a la mesa de un bar, cerca de la universidad, compartiendo una animada conversación junto con sus colegas, disfrutando así de sus merecidas vacaciones, cuando se abrió la puerta y vio entrar al señor Lazarte.

Este se sentó en una mesa junto a la ventana, pidió un café, abrió el periódico y se dispuso a leer.

Tomás se distrajo un instante de la conversación y se quedó mirándolo fijamente.

Como por acto reflejo metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y rozó con los dedos la tarjeta que aquel hombre le había dado y que había olvidado por completo.

Se disculpó con sus colegas, y movido un poco por curiosidad y otro poco porque realmente se sentía culpable, ya que no se había tomado el tiempo para pensar en su propuesta, se puso de pie y se acercó con paso firme hacia la mesa del anciano.

—Señor Lazarte, ¿me permite? —preguntó Tomás señalando la silla vacía delante de él.

El señor Lazarte levantó la vista del periódico, lo miró sorprendido y levantándose de su silla con rapidez le hizo un gesto con la mano indicándole que podía sentarse.

—Por favor, señor Villalba.

—¿Debo suponer que ha aceptado usted mi propuesta? —preguntó mientras se sentaba nuevamente.

—Lo he estado meditando —mintió Tomás—, y como ya ha con-

cluido el año académico y no regresaré a la facultad hasta marzo, tengo tiempo para pasar por su tienda y dedicarle tiempo a esos manuscritos.

—Fantástico —exclamo Lazarte—, esas son excelentes noticias, se lo agradezco mucho.

Tomás miró detenidamente al hombre que tenía enfrente y distinguió en sus ojos calidez. Sin embargo, detrás había algo más que no podía descifrar.

Era algo así como una gran tristeza, o, tal vez, preocupación.

—¿Me permite preguntarle cuál es su interés en esos manuscritos, señor Lazarte? —quiso saber el profesor—. No soy un erudito en la materia y temo no poder ser de ayuda.

—¿Le invito a un café, señor Villalba? —lo interrumpió el excéntrico hombre con una sonrisa.

—Desde ya le agradezco, es usted muy amable, pero ya me tengo que ir, se está haciendo tarde y me espera mi esposa para almorzar, y... por favor, llámeme Tomás.

—De acuerdo, Tomás, estoy interesado en saber todo lo que pueda usted decirme sobre ellos, su antigüedad, su valor... así como también de qué tratan, pues he pagado un alto precio por ellos y me gustaría sacarles el mayor rédito posible.

Tomás llegó a la conclusión de que aquel hombre era sólo un comerciante que necesitaba un experto que le ayudara a determinar el valor y la procedencia de aquellos manuscritos —si es que tenían alguno—, para poder venderlos y sacarles rédito posteriormente.

—Muy bien, será hasta entonces —dijo.

—Por supuesto, gracias, y dele mis respetos a su adorable esposa, hace algunas semanas visito mi tienda acompañada de su tío, un hombre muy distinguido, por cierto.

—Muchas gracias, me aseguraré de ello.

Y, sin más, Tomás se levantó y se fue saludando con la mano a la mesa donde sus colegas seguían hablando y discutiendo sobre la nueva ley Sáenz Peña que se debatía en el Congreso, que además de la ley al no voto, obligaba a los hombres mayores de dieciséis años a registrar las huellas dactilares para futuros reconocimientos criminales.

Enero fue un mes tranquilo. Ese verano transcurría particularmente caluroso, pero con una humedad que asfixiaba.

La madre de Victoria ya estaba instalada en una de las habitaciones de la casona, y la rutina diaria había cambiado un poco, aunque para mejor, ya que la casa estaba más animada aún.

Tomás mantenía largas charlas con Elizabeth, escuchando con mucho interés sobre la política y la economía, no solo de Inglaterra sino del resto de una Europa en crisis, en un contexto de creciente enfrentamiento entre las potencias.

Como su suegra no hablaba muy bien el español, se hablaba prácticamente siempre en inglés, algo que a Tomás le venía muy bien, porque de esa manera podía practicar el idioma.

La familia Villalba había pasado un fin de año inolvidable, Victoria y su madre manteniendo interminables charlas, poniéndose al día con las novedades de la familia en Inglaterra, yendo de compras y haciendo planes para el futuro.

El árbol de navidad estaba lleno de regalos, y la casa rebosante de alegría.

El día 25 de febrero Tomás salió de su casa dispuesto a disfrutar de un hermoso día de verano. El cielo estaba despejado, y la temperatura era elevada, pero todavía agradable.

Victoria lo detuvo en la puerta para recordarle que esa noche cenarían en la casa de su amiga Isabel, y le pidió por favor que no se retrasara.

Tomás se dirigió con paso ligero hacia el sur, rumbo a las tiendas, y al llegar a la Gran Avenida se detuvo.

A su izquierda podía ver el gran edificio del Banco de la Nación y, en la esquina opuesta, rodeada de altas residencias, resaltaba la peculiar casa de antigüedades del señor Lazarte.

Era una tienda pintoresca; tenía una puerta de madera exquisitamente labrada al frente y un ventanal que daba a la calle lateral en el que se exhibían diversas antigüedades.

Lámparas de escritorio, libros antiguos, piezas de colección, maquetas de barcos y cuadros, así como piezas de vajilla y objetos de plata.

En el letrero de la entrada podía leerse en grandes letras góticas: «Antigüedades Lazarte».

Tomás abrió la puerta, entró y al cerrar escuchó el suave tintineo de un adorno colgado del otro lado. Dentro se podía percibir un sutil olor mezcla de madera, humedad e incienso.

La iluminación era escasa, y los reflejos del sol se colaban por el ventanal formando un extraño arco iris al refractarse en las arañas de cristal que colgaban del techo.

Había objetos dispersos por toda la tienda.

Alfombras persas extendidas por el suelo, lámparas de pie y de mesa, cuadros y retratos en las paredes, imponentes arañas en el techo, una gran vitrina con relojes de bolsillo, cigarreras de plata, vajilla de porcelana, muñecas, objetos relacionados con barcos antiguos, muebles de estilo victoriano, estatuas de bronce y muchas antigüedades más.

Sentado detrás de un gran mostrador deliciosamente tallado en roble, el señor Lazarte levantó la vista y presuroso salió a su encuentro.

—¡Señor Villalba, ¡cuánto me alegro de que haya venido! —exclamó entusiasmado.

—Tiene usted una tienda muy particular —dijo Tomás todavía paseando la mirada sobre los objetos que lo rodeaban y extendiéndole la mano.

—Ya lo creo, son muchos años dedicándome a esto, aunque antes lo hacía junto a mi esposa, Rebeca. Ella era la experta —dijo con nostal-

gia, guardando silencio y perdiéndose unos instantes en algún doloroso recuerdo de su memoria. —La fiebre me la quitó hace unos años —recordó con pesar, y con la mirada vagando vaya a saber uno por dónde.

Por supuesto que Tomas lo entendía perfectamente.

La fiebre amarilla había causado muchas muertes, todos habían perdido a alguien querido. Sus padres no habían sido la excepción lamentablemente.

La última epidemia de fiebre amarilla que había azotado Buenos Aires tuvo lugar en el año 1871. Había sido una verdadera tragedia que mató aproximadamente al ocho por ciento de los habitantes de la ciudad.

Se creía que la enfermedad había llegado desde el Brasil y Paraguay, donde era endémica.

Un pequeño brote, ocurrido unos pocos años atrás, fue el que había matado a los padres de Tomás.

En esa ocasión no fue tan virulento como el anterior, y se controló rápidamente porque las condiciones de higiene en la ciudad habían mejorado sustancialmente, pero lamentablemente a su madre la encontró enferma y débil y no pudo superarlo. Al mes su padre también se contagió.

—Bueno, veamos esos manuscritos —dijo Tomás cambiando rápidamente de tema en un vano intento de sacudirse esos dolorosos recuerdos que habían invadido su cabeza.

El señor Lazarte se dirigió presuroso hacia la puerta de entrada, giró la llave, y colocó un cartel en el que se leía «cerrado». Después volvió sobre sus pasos y le señaló el camino hasta una puerta que se encontraba detrás de unas lámparas y un mueble antiguo, al fondo de la tienda.

Detrás de esa puerta había una oficina con un escritorio y tres sillas.

Una gran lámpara colgaba del techo, y había alrededor otros tantos objetos y antigüedades desperdigados por el suelo.

La habitación estaba abarrotada de cuadros en sus cuatro paredes, y olía a rancio.

Abrió un cajón y sacó con cuidado dos rollos de papel apergaminado, anudados cada uno con una cinta violeta deshilachada y desgastada a consecuencia del paso del tiempo.

—Estos manuscritos llegaron a mi poder unas semanas antes de que yo fuera a buscarle a la universidad —dijo Lazarte colocándolos cuidadosamente sobre la mesa.

—Los trajo una joven para venderlos. Me dijo que los encontró mientras limpiaba la casa de sus abuelos después que murieran a causa de la fiebre, y como le parecían extraños y muy antiguos, decidió traerlos a mi tienda suponiendo que tendrían un gran valor.

Tomás despejó el escritorio y lentamente desenrolló uno de ellos, lo desplegó sobre la mesa y comenzó a estudiarlo detenidamente.

—Voy a necesitar un poco más de luz —dijo sin dejar de mirar los manuscritos—. Y también una lupa, si es usted tan amable.

Valentín Lazarte salió de la oficina y a los dos minutos regresó con una hermosa lámpara veneciana de cristal que colocó sobre el escritorio, y también con una gran lupa.

A primera vista se notaba que los manuscritos eran antiguos, el tipo de papel era probablemente del siglo xv o xvi. Lo sabía con certeza porque los libros de esa época que se encontraban en la biblioteca de la universidad estaban escritos en ese viejo papel, compuesto de lino y algodón.

A su vez, pudo determinar que estaba escrito en letra gótica, y en inglés, aunque vislumbró que contenían algunos modismos lingüísticos propios de la época.

Tomás manejaba el inglés como segunda lengua, en parte por el origen de su esposa, y porque había estudiado el idioma.

Según pudo apreciar, los manuscritos eran una especie de carta de pago muy antigua, precisamente del año 1454.

Tenía el sello real del Rey de Inglaterra y señor de Irlanda, que correspondía a su majestad Enrique VI.

Seguía inclinado sobre el manuscrito cuando, de repente, escuchó ruidos detrás de la puerta. Levantó la vista y miró con cu-

riosidad a los ojos a Valentín Lazarte, que le devolvió la mirada, también intrigado.

—Pensé que había cerrado la tienda —dijo Tomás.

El señor Lazarte rodeó el escritorio para salir de la oficina, y en el momento en que apoyó su mano en el picaporte la puerta se abrió de un violento golpe y un corpulento hombre entró con brusquedad, empujándolo contra la pared, golpeando su cabeza y haciéndolo caer sobre una lámpara de cristal estrepitosamente.

Tomás se giró de inmediato, sorprendido por el ruido, pero lo único que alcanzó a ver fue a Lazarte cayendo al piso y la silueta de un hombre.

Segundos después sintió un terrible dolor en la cabeza y luego todo se volvió oscuridad.

